

# HOMILÍA

SOBRE LA TEMPESTAD EN EL LAGO DE TIBERIADES, PREDICADA  
EN TAMPICO EL DÍA 3 DE FEBRERO DE 1878.





*Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus, ipse vero dormiebat.*

Y hé aquí que se levantó una gran tempestad en el mar, de suerte que las ondas cubrían la barca, y él entretanto dormía.

MATTH. VIII, 24.

**A**L ver la tranquilidad habitual del Lago de Genesaret, al contemplar sus ondas lípidas y serenas, al sentir el fuego del sol, que aun en invierno lo ilumina y abrasa, apenas podemos creer que esas aguas se alteren, que esas olas rujan, que ese cielo apacible se cubra de nubes y haga resonar el trueno aterrador. Con todo, como acaece á menudo en esos mares interiores (como plugo llamarlos á los antiguos), cuando pierden su calma, son terribles las tormentas que en ellos se suscitan, y espantosos los estragos que cau-



san. Los vientos se desencadenan con más furia que en la inmensidad del Océano, las olas se levantan y se suceden unas á otras con indecible violencia, y la cercanía de las riberas impide maniobrar al más diestro piloto. Si aun una de esas naves, impelida por la potencia maravillosa del vapor, y con todas las mejoras de la industria moderna, no está exenta de peligro en tales tempestades; ¿cuánto más riesgo no correrían las imperfectas barquillas de pescadores, que mal armadas, con velas rotas y débiles remos, flotaban hace veinte siglos en el lago de Tiberiades?

En una de esas frágiles embarcaciones entró nuestro Señor con sus discípulos. Acosado de la inmensa multitud que lo seguía, estupefacta con los milagros que acababa de obrar, quería por una parte sustraerse á sus miradas; y por otra, como dice Orígenes, habiendo mostrado su poder en tierra, iba á dar pruebas de su dominio sobre la mar. A su voz se había trocado el agua en vino en Caná; el Centurión romano le había rogado que acudiese á sanar á su criado paralítico, y aun antes de llegar Jesús á la casa del soldado, la enfermedad había desaparecido; tocó á la suegra de Pedro, y la fiebre maligna huyó al contacto de la divina mano; *queda limpio*, dijo al leproso, y la lepra inmunda produjo en el venturoso enfermo los efectos de un baño purificador; por último, aun los demonios atormentadores salían de los cuerpos poseidos, á la voz del Ungido del Padre. Es tiempo de probar su misión divina, haciendo que los vientos y el mar le obedezcan; y con este fin entra en una de las muchas barquillas que están atracadas en la ribera. Quiere al propio tiempo probar la fé de sus discípulos

presentes y futuros, haciéndoles ver palpablemente los efectos de su Providencia, y enseñándoles que, ya dormido en la nave, ya aparentemente dormitando desde la atalaya en que vela por su Iglesia, su corazón está despierto, y nos vigila, y nos acecha, sin que jamás nos abandone su Diestra paternal. Eco de las lecciones que nos da Jesús en el Lago de Genezaret, os expondré en esta breve homilía la narración evangélica de la tempestad milagrosa, y en seguida haré las aplicaciones convenientes á la tormenta que ruge en los tiempos actuales en torno á la nave de la Iglesia.



## I

Todo sonríe en derredor de los discípulos de Jesús. Una turba inmensa sigue á su nuevo Maestro, y lo admira, y lo venera, y lo obsequia, y lo rodea de cuantas atenciones puede prestar la devota muchedumbre á un sér sobrenatural, á un Profeta enviado del cielo, que apenas se ha dado á conocer y ya ha obrado estupendos prodigios y sembrado infinitos beneficios. Ellos participan de la veneración y gratitud mostrada hacia el Amo que los distingue, y millares de ojos se clavan envidiosos en aquellos hombres escogidos entre tantos, preferidos á todos, agraciados como ninguno. ¡Ah! Sin duda los recién llamados Apóstoles empezaban á envanecerse, y habrían de buena gana exclamado, como Pedro más tarde sobre el Tabor: "*Bonum est nos hic esse.* Señor, ¿á qué correr más aventuras allá en la región de los Gerasenos? Aquí es la predicación tan fructífera, aquí todos se muestran dóciles y agradecidos, y hasta los mismos paganos dan pruebas de una fé tan grande, que tú mismo la has proclamado superior á la de los hijos de Israel: *non inveni tantam fidem in Israel.* Quedémonos aquí."

Pero si Cristo ha entresacado á esos varones privilegiados del resto de la multitud, y los ha hecho sus compañeros y amigos, no es por cierto para que se engrían con las delicias de la popularidad, ni soliciten el favor de la turba. Ellos han de ser los atletas robustos que inicien la lucha contra el Paganismo, los heraldos valientes que lleven Su nombre hasta los confines de la tierra, las columnas que sustenten el inmenso edificio á que han de acogerse cuantos en algo estimen su eterna salvación. Es menester por tanto, dice el Crisóstomo, avezarlos á los peligros, enseñarles á tener en poco el aura popular, obligarlos á que paguen caro los favores de que son objeto, exponiendo su vida á riesgos no comunes y haciendo zozobrar el casco inseguro de la nave en que van á cruzar el agitado lago. Cuando se trata de milagros, de beneficios, de dones, á todos llama, busca á la plebe, permanece entre la multitud; pero para las tentaciones y sustos, para las penas y amarguras, segrega á sus amigos y sólo llama á sus predilectos. ¡Oh dichosos Apóstoles! Sólo así preparará dignamente el divino Maestro esos pechos de acero de que habéis menester para los combates que se os preparan. *Ut enim non magna de se saperent, propter hoc quod aliis dimissis eos retinuerat, permittit eos fluctuari; ubi enim miraculorum ostensio erat, plebem permittit adesse; ubi enim tentationum et timorum arreptio, athletas orbis terrarum quos exercitaturus erat, hos solos assumit.* (CHRY. HOM. 29 IN MATTH.)

Tranquilo está el lago: el sol resplandeciente que declina á su ocaso, y la suave perfumada brisa que apenas juega con la extendida lona, presagian de consuno una agradable, aunque quizá lenta navegación. Así es



que los discípulos entran sin temor, y al ver que el Maestro da muestras de cansancio y se empiezan á cerrar sus fatigados párpados, obsequiosos y sin recelo le tienden sus mantos, y le improvisan una almohada sobre el duro leño de la barca. ¡Bendito sea el Señor, que nos va conduciendo suavemente á las tentaciones y á las pruebas, y que con su admirable Providencia nos allana el camino aun á los pasos más duros y difíciles!

Se adormece Jesús. Hombre al mismo tiempo que Dios, duerme la Humanidad; pero la Deidad no sólo vela, sino que dispone todo en el momento oportuno para nuestro provecho y los altísimos fines de su Providencia. Da en silencio su voz irresistible de mando, y al momento el huracán se desata de súbito con nunca visto furor; las olas se levantan embravecidas; el viento arrebató la vela sin dar tiempo á amainar, y el viejo timón cae roto en mil pedazos. Las olas entran en la barquilla, y empiezan á sumergirla; los acongojados marineros pierden el tino y no aciertan á maniobrar; los aterrados discípulos en vez de ayudar en la obra de salvación, á pesar de ser no pocos de ellos pescadores de oficio, gimen y lloran, y estorban al piloto en su lucha desigual con los elementos.

Entretanto, duerme tranquilamente el Maestro. Su respiración blanda y apacible forma contraste con el fragor del trueno y el rugir de las olas; el agua ha empapado sus vestiduras, el continuo vaivén lo hace rodar de un lado y otro en su improvisado lecho; pero él no se conmueve, ni siente; y en medio del estruendo sigue imperturbable en su plácido sueño.

¡Cuánto enamora la serenidad en los peligros! ¡Cuán-

tas veces el valor tranquilo de un caudillo ha contenido por sí solo á las huestes desordenadas, y ha trocado en victoria lo que ya era derrota! ¡Cuántas, la impasibilidad de un piloto ha calmado el pánico de los aterrados marineros en medio de la tormenta, y haciéndolos volver al deber los ha salvado de la muerte! Nada, empero, iguala á la sublimidad del cuadro que nos ofrece Jesús recostado en la popa de la agitada nave, y entregado á dulcísimo sueño, mientras las ondas pasan sobre su cuerpo, llenan el casco, y parecen próximas á sumergir el roto leño. *Et ecce motus magnus factus est in mari, ita ut navicula operiretur fluctibus. Ipse vero dormiebat.*

¡Cómo, Señor! exclamaré con San Ambrosio, tú pasas las noches en vela, y mientras todos se entregan al reposo, tú permaneces en continuada oración, en dulces coloquios con tu Padre celeste; ¡y ahora reposas en la nave, ahora duermes en medio de la tempestad! Es la seguridad del poder supremo, del dominio absoluto sobre todo lo creado; es la calma propia sólo de Aquel cuyo carro se mueve entre las nubes, y camina en alas de los vientos; es la serenidad de un Dios, que aunque revestido de la forma de siervo, es igual al Padre y está con Él como en el principio.

Crece la tempestad, y crece sin límites el pánico de los navegantes, que lo rodean, y lo llaman, y lo mueven apresurados. Niños en la fé, saben que despierto puede libertarlos del riesgo que corren; pero aunque han presenciado ya varios milagros y conocen por experiencia su paternal cuidado, se les figura que dormido los olvida, que en medio del profundo sueño que al parecer lo domina, va á dejarlos morir. Señor, Señor, sálvanos porque



perecemos, le gritan unos con trémula voz; Preceptor, nuestra situación es desesperada, claman otros; Maestro, gritan los demás, ¿nada te importa el ver que vamos á ser sepultados por las olas?

“¡Oh tímidos varones! exclama aquí Orígenes. ¿Os llamáis discípulos de Jesús y tembláis? ¿Tenéis á vuestro lado al Salvador, y os aterroriza el peligro? ¿Estáis en compañía de la vida misma, y os acobarda la imagen de la muerte?” Cristo, que ha querido probarlos, y que si ha dormido es porque de otra suerte no habrían experimentado tal espanto, ni recurrido á él con tanta ansiedad, ni sentido con tal vehemencia el beneficio, se despierta; pero no como el hombre á quien desagradable estrépito hace salir de súbito de profundo letargo; no como quien irritado salta del lecho en que se entregaba á pesado sopor; no como el varón á quien agitan aun entre sueños los remordimientos de la conciencia, é interrumpe terrífica pesadilla. Abre dulcemente los ojos, se incorpora poco á poco, y con voz apacible pero sonora dirige á sus discípulos este tierno reproche: *Quid timidi estis, modicæ fidei?* ¿Qué os espanta, hombres de poca fé? ¿Dónde está la confianza que os debo inspirar? ¿No tenéis todavía esa fé ciega que ha de distinguir á mis enviados? *Nondum habetis fidem? Ubi est fides vestra?*

Entonces se levanta majestuoso; y de pié sobre la pequeña cubierta de popa, alza la mano con imperio, y ordena á los vientos retroceder á sus lóbregas cavernas. ¡Oh! ¿Qué pincel será capaz de retratar esa divina figura, inmóvil en la barca que zozobra, y dirigiendo duras reconvenciones á ese viento que agita su manto, y hace flotar su larga cabellera nazarena? ¡Moisés, Eliseo, Je-

sús, hijo de Nave! Grandes como os mostrasteis al dividir las aguas del Mar Rojo y del Jordán, me parecéis pigmeos junto al Hombre-Dios en el lago de Genezaret. Vosotros suplicabais, vosotros teníais que serviros de instrumentos dotados por Dios de virtud sublime, como eran el arca del Testamento y el milagroso báculo. El Hijo de Dios manda, ordena, impera; ¿qué digo? amenaza, increpa, y el viento instantáneamente se aplaca: *comminatus est vento, increpavit ventum.* Y volviendo los ojos con igual imperio á las olas todavía conmovidas: “¡Silencio! clama; cése, oh mar, tu fragor; enmudezcan esas ondas agitadas que han venido á perturbar el sueño del Autor de la Naturaleza. *Tace, obmutesce.*” Habla; y ese elemento indomable que tantas víctimas ha devorado, y que se rebela contra el poderío y la ciencia del hombre, calla como un niño á la voz de Jesús; se aplaca en un instante, y torna el lago súbitamente á su habitual mansedumbre, sin que continúen sus aguas jugueteando y moviéndose, como acaece de ordinario aun después de serenarse el aire. ¡Oh Rey de la creación! Bien te reconozco. Tú eres Aquel de quien cantó David: Oh Señor, tú dominas el poder inmenso del mar; tú mitigas el movimiento de sus olas; *tu dominaris potestati maris, motum autem fluctuum ejus tu mitigas.* ¡Oh Salvador del mundo! Tú eres, sin duda, el Mesías prometido. Hombre te has mostrado entregándote pacífico al sueño; pruebas que eres Dios obligando al mar y á los vientos á obedecerte. Bendito seas, que quisiste hacer sentir á tus Apóstoles en su propia persona la fuerza y virtud de tu omnipotente brazo, que en otros ya habían visto obrar estupendos prodigios. ¡Ah! no en vano exclaman sobre-